



Narrativas del delirio y la locura

Cachaza voló sobre el nido del cuco: una relación intertextual

Óscar G. Alvarado V.

oalvarado100@gmail.com

Universidad de Costa Rica

Recibido: 7 de octubre de 2015

Aceptado: 1 de noviembre

RESUMEN:

En este texto se intenta un acercamiento entre la novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*, de Ken Kesey, y *Cachaza*, de Virgilio Mora Rodríguez, a partir de la representación de la imposición de la locura, de la enajenación, en dos espacios de encierro confluentes: el asilo. Tanto los personajes centrales de cada una de ellas: Mc Murphy, en el texto de Kasey, como Cachaza, en el de Mora Rodríguez, pasan por el filtro de una imposición que los va reduciendo, a partir de un discurso legitimado, y quizás mayormente revestido de enajenación, como lo es el de los doctores y las enfermeras. La locura, por lo tanto, se convierte en una construcción (y constructo) que es impuesta por el discurso revestido de la razón, aun con todas las dudas que este genere. Es por ello que en el ámbito en el cual estos se mueven, así como los demás pacientes que los acompañan, emerge la fuerza de una Razón que desdice la sinrazón de los “enfermos”, motivo por el cual cualquier asomo de cordura es revestido de una irracionalidad proveniente de este discurso que los reduce y los define. La locura, en realidad, es más una locura social intrínseca a todos, y no tanto la locura de quien vive y sobrevive en el espacio de invisibilización propia del asilo.

Palabras clave:

Locura, cordura, Foucault, alienación, asilo



Cachaza flew over the cuckoo's nest: An intertextual relationship

ABSTRACT:

This text proposes an approach between the novel *Somebody flew over the Cuckoo's Nest* by Ken Kesey, and *Cachaza* by Virgilio Mora Rodríguez, beginning from the representation of an inflicting madness, imposed, in two lock up confluent spaces: asylum.

The central characters in both novels: Mc Murphy, in Kesey's text and Cachaza, in Mora's text, pass through an imposed filter that reduced them after a legal speech mainly coated with alienation, given by doctors and nurses. Madness, perhaps, becomes an imposed construction of the coated speech of sense, besides all the doubts it generates.

This is why in the ambit in which they and the other patients move, emerges the force of sense that contradicts the lack of reason of the sick.

This is why, any sign of common sense is a reflection of this speech, that reduce and define them.

Madness really is a social sickness attached in everyone, and not so much the madness of those who live and survive in their own invisible space at the asylum.

Key words:

Madness, sanity, Foucault, alienation, asylum

Antecedentes teóricos

Hay un sentido que se halla en la expresión de la locura, un sentido que no siempre es desentrañable, lo cual trae como asidero la incompreensión, y por lo tanto, el rechazo hacia eso que escapa de las posibilidades de intelección por parte de los demás. Por ello, la locura es un lenguaje particular, producto de una expresión también particular de un sujeto de-limitado, por los otros. Ya Foucault en *Las palabras y las cosas* (2004) apunta que la historia de la locura es la historia del Otro, de lo ajeno para una cultura, y que por ende debe ser



excluido en tanto tal condición, ya que arriesga contraer el peligro. De allí que el encierro es la forma de conjurar ese peligro, y la historia está llena de ejemplos. Lo anterior lo señala de la siguiente manera:

La historia de la locura sería la historia de lo Otro –de lo que, para una cultura, es a la vez interior y extraño y debe, por ello, excluirse (para conjurar un peligro anterior), pero encerrándolo (para reducir una alteridad); la historia del orden de las cosas sería la historia de lo Mismo –de aquello que, para una cultura, es a la vez disperso y aparente y debe, por ello, distinguirse mediante señales y recogerse en las identidades (Foucault 2004: 9).

Lo que debe entonces quedar claro es que, dentro del pensamiento planteado por Foucault, en la locura el loco, el definido como tal, (se) representa las cosas, tal como lo hace Don Quijote cada vez que sale al encuentro de alguna aventura que contribuya a enarbolar su poder, su fama y el nombre de su amada. Es el héroe que llena de aventuras cada uno de sus días, allí donde los demás solo ven lo cotidiano. Sus actos transforman en aventura lo que lee o ha leído en los libros, y establecen un desdoblamiento del texto hacia su propio entorno, de manera que lectura y aventura son uno, se confunden. Don Quijote lee para corroborar que lo que los libros dicen corresponde a la verdad, a su verdad, la cual intenta llevar también a los demás. Importante es reseñar las palabras de Foucault a propósito del loco y el poeta, como sujetos que toman distancia de su entorno inmediato, lo cual los convierte en individuos particulares, diferentes del resto:

En los márgenes de un saber que separa los seres, los signos y las similitudes, y como para limitar su poder el loco asegura la función del homosemantismo: junta todos los signos y los llena de una semejanza que no para de proliferar. El poeta asegura la función inversa; tiene el papel alegórico; bajo el lenguaje de los signos y bajo el juego de sus distinciones bien recortadas, trata de oír el “otro lenguaje”, sin palabras ni discursos, de la semejanza. El poeta hace llegar la similitud hasta los signos que hablan de ella, el loco carga todos los signos con una semejanza que acaba por borrarlos. Así, los dos –uno en el borde exterior de nuestra cultura y el otro en lo más cercano a sus partes esenciales- están en esta “situación límite” –postura marginal y silueta profundamente arcaica- en la que sus palabras encuentran incesantemente su poder de extrañeza y el recurso de su impugación. Entre ellos se ha abierto el espacio de un saber en



el que, por una ruptura esencial en el mundo occidental, no se tratará ya de similitudes, sino de identidades y de diferencias (Foucault 2004: 56).

En *Historia de la locura en la época clásica* (2001) Foucault manifiesta que la locura debe interpretarse como un constructo cultural, en donde la libertad, el control, el conocimiento, y el poder gozan de un espacio importante dentro de las discusiones y las decisiones al respecto. Ya la condición de castigo sagrado está vista desde otra perspectiva y, con base en lo señalado por este teórico francés, es claro que su lectura va direccionada de manera diferente. En algún momento deviene el castigo, por lo cual los mendigos, los criminales, los pordioseros, entre otros, pasan a ocupar el espacio de la “locura”, lo que lleva a su encierro en tanto deben ser separados de la colectividad. Son los descalificados sociales los que deben ser enajenados. Los asilos aparecen como lugares de represión que han de servir para encerrar a todos estos agentes incómodos socialmente. Los locos, los indigentes, las prostitutas no son ajenos a estos grupos, por lo cual, desde la monstruosidad irracional de la que habla Foucault, deben ser despachados hacia espacios de reclusión donde no estorben. Desde tal concepción, ya la locura adviene como una negación de la condición humana, lo que denigra al que es tratado como tal. Al ocurrir esto, parece que el psiquiatra se convierte en una especie de guardián que vigila para que el “loco” esté confinado a un espacio en el cual no haga peligrar a los demás. La desposesión que se viene sobre el individuo define muy claramente su lugar futuro en la sociedad. En ese aspecto, el lenguaje de la locura es acallado por quienes ostentan el poder del lenguaje, y que en adelante establecen de qué lado está la razón y de cuál la locura. Es una separación, una diferenciación hasta cierto punto ideológica. En otras palabras, se da paso a una relación con el Otro, así en mayúscula, el extraño, el ajeno, el diferente. En Foucault, la locura deriva en una cuestión incluso ética cuando la marginalidad se da por cuestiones religiosas, sexuales, de pensamiento, de pobreza, etc. Son los monstruos que vienen a ocupar un lugar del cual hay que desplazarlos, y depositarlos en una especie de sitio para ellos, sitio que enajena. La diferencia no está permitida, y cuando se da, debe ser reprimida de inmediato por medio de las aplicaciones sociales que posibiliten la represión. El oprimir al otro implica una forma de obligarlo, de reducirlo, de enajenarlo socialmente. De acuerdo con lo señalado, se debe recalcar, por lo tanto, que muchas enfermedades mentales son



producto de la “creación” social más que de verdaderas sintomatologías. Los reprimidos son por ello las primeras víctimas sociales de un sistema que no los tolera y los margina. Los locos, en cierto momento, vienen a ser los monstruos, a los cuales hay que evidenciar en cuanto tales, precisamente por poseer tal carácter. La diferencia que los marca con respecto a los demás, es lo que pone de relieve tal necesidad de hacerlos visibles, precisamente para luego rechazarlos. Importante es el hecho de que para Foucault el agua es un elemento importante que purifica y que transporta, lo cual establece un nexo con la locura, pues esta transporta, lleva, aleja. De igual manera, la locura tiene un importante nexo con la muerte, y ello reafirma su carácter negativo en la sociedad, aferrada más bien a la vida. En ese mundo planteado por Foucault, es al otro al que se encierra, y la locura que sobreviene como manifestación que pone de relieve al loco como no sujeto de derecho, alguien que debe ser internado, y que solo se muestra para ser presentado como loco, como una bestia que ya no responde a los preceptos sociales. Es otro en relación con los demás, y está marcado por la extrañeza, por lo rechazable. La locura está ante los ojos de la razón, pero no es la razón. La locura es una alienación, una forma de desdecir lo establecido. La locura objetiva al hombre, lo vuelve objeto, lo despersonaliza; de allí el rechazo al loco como una no persona. En la locura como en el lenguaje, para Foucault, existe una suspensión del sentido, que da espacio a otro sentido, y a otro y a otro, hasta el infinito; de allí que sea difícil la aceptación de ese otro que resulta tan ajeno después de todo. La ausencia de obra que se produce en ambos, es decir, en la literatura y en la locura, es lo que posibilita enlazarlas. Toda expulsión, ya sea del loco, del leproso, del enfermo, del delincuente, etc. justifica acciones de tipo legal (jurídico y político), al menos durante la Edad Media, señala Foucault. Es la manera más clara de llevar a cabo la expulsión de los “indeseables”, pues, como apunta el propio Foucault:

...se trataba, en efecto, de prácticas de exclusión, prácticas de rechazo, de **marginación**, como diríamos hoy. Ahora bien, esa es la forma en que se describe, y creo que aún en la actualidad, la manera en que se ejerce el poder sobre los locos, los enfermos, los criminales, los desviados, los niños, los pobres. En general se describen los efectos y los mecanismos de poder que se ejercen sobre ellos como mecanismos y efectos de exclusión, descalificación, exilio, rechazo, privación, negación, desconocimiento; es decir, todo el arsenal de conceptos o mecanismos negativos de la exclusión. Creo y sigo creyendo que



esta práctica o modelo de la exclusión del leproso fue efectivamente un modelo históricamente activo, aun en nuestra sociedad. En todo caso, cuando a mediados del siglo XVII se inició la gran caza de los mendigos, los vagabundos, los ociosos, los libertinos, etcétera –y se la sancionó, ya fuera con la expulsión de las ciudades de toda esta población flotante o bien con su confinamiento en los hospitales generales-, creo que lo que la administración real activaba políticamente era una vez más la exclusión del leproso, o ese modelo (Foucault 2001:51).

En Historia de la locura en la época clásica, este teórico indica que en el pasado la locura y la muerte eran prácticamente lo mismo, en tanto estar poseído por la locura es una forma de estar muerto. Es un mundo de enajenación, que puede poseer un saber ajeno al que se halla en el espacio de la “normalidad”. En todo caso, es un saber inservible, carente, inútil y desordenado, señala Foucault. Así, en tanto existe el ser humano existe la locura como manifestación propia del hombre y de su actuar en el mundo. Ello no impide que la locura y la razón en ocasiones se confundan, pues la locura tiene su razón, y es leída por esta, mientras la razón posee su lado de locura, también como una manifestación de su propio saber. En tanto exista una determinada razón, ha de haber una locura, que es no una derivación de esta, sino una interpretación derivada de la primera. Existe locura porque existe razón, y esta última legítima o deslegítima a aquella.

No es casual que durante el siglo XVII y XVIII haya habido una lectura en la cual se aglutinan los locos, los pobres, los indigentes, los desocupados y otros como un grupo de una misma identificación, casi como equivalentes, lo que viene a afirmar precisamente que todos estos están en el espacio de la exclusión, del olvido. Es un ámbito de rechazo justo donde lo burgués y el trabajo adquieren una preponderancia importante. En el momento en que pasa por el tamiz de la razón, adquiere un carácter peyorativo, pues escapa de cierta racionalidad establecida socialmente. De allí entonces que el loco sea rechazado. La locura es el mundo del asocial, pues genera una separación que no calza con lo establecido. No implica necesariamente una radical separación, pero sí una manifiesta diferencia que lo hace distinto de los otros, los que se hallan en el espacio de la “razón”. En otras palabras, el espacio del internado, apunta Foucault, contiene a todos aquellos que resultan excluidos, pues lo mismo da encerrar al que llaman loco como al leproso, pues ambos tienen un rasgo que resulta molesto, y él es ya motivo de encierro, y lo que ello



implica. Loco y criminal, prostituta y leproso, indigente y vagabundo, en definitiva no guardan gran diferencia, por lo cual son encerrados. Es la lectura de la exclusión social, nada ajena a muchos de los postulados sociales que hoy nos encontramos. Foucault apunta que la locura comporta algún grado de culpabilidad por parte del “loco”, lo que se asocia con el pecado. Es la imposición, en algún momento, de la sinrazón aplicada a este, aun cuando en otros momentos, es más bien la locura una manifestación de una razón que escapa a los otros, pretendidos cuerdos. Y es que la locura, en el papel de lo escandaloso, tiende a ser tachada desde la oscuridad y la diferencia. Como lo apunta este mismo teórico:

...el loco no es reconocido como tal porque una enfermedad lo ha arrojado hacia las márgenes de la normalidad, sino porque nuestra cultura lo ha situado en el punto de encuentro entre el decreto social del internamiento y el conocimiento jurídico que discierne la capacidad de los sujetos de derecho (Foucault 1999: 209-210).

Quien cura es el que se pone en la posición del Otro, y desde ese lugar define la verdad y el discurso que debe ser seguido. El loco, nos dice, es una especie de extranjero en la propia patria, fruto de su enajenación. Es un excluido. La carencia de pensamiento es asociada con la locura, con aquello que no puede concebirse en un ser humano, pero que igual funciona, y obliga por ello a los procesos de renuncia hacia estos y de expulsión para los mismos. La locura en ocasiones es asimilada a la bestialidad, de allí el encierro, la exclusión. Esto hace pensar en la locura de los personajes en *Cachaza*, de Virgilio Mora, más bestializados desde la condición de ciertos discursos que presumen de racionalidad, y menos humanizados, como una forma de lograr el encierro y el olvido total por parte de la sociedad. El sentido de bestialización es una forma despectiva de reducir a quien se tilda como descentrado en un espacio en el cual no tiene lugar. Desde ese punto de vista, la locura es más producto de una acción social de enajenación y rechazo que de verdadero malestar en un sujeto determinado. Es la locura moderna de la que habla Foucault, la del regreso a lo bestial entendido así unos siglos antes, en donde es coaccionado, reducido a una condición casi ínfima. El loco es otro signado por el rechazo, y se convierte en una excepción ante los otros. Es diferente de la norma universal. La locura existe en tanto la diferencia la coloca en una posición distinta de los otros, establecidos en la normalidad. Es



una carencia de razón, ubicada al otro lado de la razón y mirada por esta. La locura es, precisamente, porque existe una razón que la ubica como no razón, y desde ese punto de vista, la coloca en el lugar del no ser, a pesar de que sea reconocida en su espacio de negatividad. El loco está revestido por una separación, un aislamiento, incluso, que lo enajena, ya sea porque lo hace de manera voluntaria o se le impone socialmente. Ya ha referido Foucault que la locura reviste una razón propia, leída desde el ámbito de lo negativo, como una sinrazón. Señala Foucault que la locura no puede responder por sí misma de sus manifestaciones, pero que su ser es el de permitir un espacio vacío en donde todo es posible:

La sinrazón es, para empezar, eso: esta escisión profunda, que se remonta a una época de entendimiento y que enajena al uno por relación al otro, haciéndoles ajeno uno al otro, el loco y su locura (Foucault 1999: 322).

El sueño parece trasladar su espacio vital de manifestación hacia el ámbito de lo "real", de manera que ocupa el mundo que va más allá de lo meramente onírico, lo usurpa, y explota el mundo de la locura. La traslación, de tal manera, genera un mundo de desconocimiento para el otro que no traslada ese sueño consigo, lo cual lleva a lo inexplicable de la locura por parte de quien "está despierto". La locura es una negatividad para el otro que no está poseído por esta, y que define la Sinrazón del no cuerdo. Por lo demás, es interesante que para Foucault la sinrazón no queda fuera de la razón, sino que está investida de esta pues tal como lo apunta:

La sinrazón no está *fuera* de la razón, sino, justamente, *en* ella, investida, poseída por ella y cosificada; es, para la razón, lo que hay de más interior y también de más transparente, de más abierto (Foucault 1998: 12).

Hoy el loco posee un carácter que lo define como aquel que se ha perdido a sí mismo, nos indica. Desde ese punto de vista, es una lectura totalmente enajenadora, descalificadora si se quiere de lo que representa el loco y su locura. Ello por cuanto el "...alienado queda del lado del no-sentido; el insensato, en la inter-versión del sentido." (Foucault 1998:82). No obstante, la locura posee su propio idioma, y ello lo deja claro este pensador, pero es un idioma que queda en el rango de lo ajeno para el otro, el cual por ello lo descalifica. De nuevo, la animalidad le es conferida precisamente



porque los otros no lo conocen, de tal manera que lo despojan. Es el tiempo de la edad clásica, justo cuando el desconocimiento y el conocimiento forman paradigmas particularmente diferentes a los que hoy ha construido la ciencia médica, desde la psicología y la psiquiatría, entre otros. Es por ello que la sociedad se debe proteger de su amenaza, razón por la cual los aislaba, lo cual no guarda mucha distancia con la concepción que de ellos hoy se tiene. Y es que encerrar a los locos es proteger a la sociedad del peligro que ellos representan, dirá Foucault, según las lecturas predominantes en torno a la locura. Hoy la locura, dice este, es parte de lo que se conoce, por lo cual no debe verse como negatividad, sino asociada con lo positivo en tanto pueda generar algo que los demás desconocen, como un nuevo tipo de saber. Es la mirada la que separa al loco del que no lo es, pero ello no obvia para que puedan estar juntos. La locura es una realidad conocida, es un objeto, a pesar de que se insiste en no romper las barreras entre esta y la cordura. Al desaparecer el internamiento, de nuevo se inserta en el orden de lo social, y permanece allí, se visibiliza. Dirá Foucault que los principios fundamentales de la sociedad burguesa hoy más que nunca le permiten gobernar sobre la locura. Para ello no establece diálogo alguno, sino que simplemente impera. Ello reafirma el predominio de un discurso sobre otro, el cual se puede incluso hallar en la esfera del cuestionamiento como discurso. Un loco con discurso es un escándalo social, y la afirmación en cuanto a los grandes desastres de la humanidad en gran medida liderados por algunos sujetos que sobresalen, termina por convertirse, a la luz del discurso predominante, en los actos de un loco que enloquece a los demás al permitírsele hablar y ser escuchado. En el siglo XVIII la locura era enfermedad social, no de la naturaleza ni del hombre. En el siglo XIX la verdad de la locura es la razón del hombre, es decir, el discurso que está por encima de la locura, es la razón, el fin de la alienación. Los locos son como niños que deben ser cuidados y vigilados. Se le asigna una culpabilidad, durante ese siglo, por el solo hecho de estar loco. La locura es encerrada en la objetividad. Hoy, con base en lo anterior, la locura es prisionera de un mundo moral, lo cual la enajena, la separa. Es por ello que el médico aísla la locura, no porque la conozca, sino porque la domina, señala. De nuevo se insiste en una barrera que se vuelve infranqueable. El loco aparece en medio de la dialéctica del *Mismo* y del *Otro*. Para ello permanece en el movimiento de la *alienación*. Ya no es un insensato, como se lo concebía en la época clásica



dirá Foucault, sino que es un alienado en el espacio del hoy. En la actualidad, apunta este teórico, el hombre tiene verdad solo en el enigma del loco que él es y no es. Cada loco, dice, lleva en sí y no lleva al mismo tiempo esta verdad. Es como si en cada hombre viviera el loco con su propia forma de manifestar la verdad. Ya desde Freud, la locura se convierte en un no lenguaje, escribe Foucault, una matriz del lenguaje que en sentido estricto nada dice. Es por ello que nos señala que existe una cercanía entre la literatura y la locura, pues en la literatura existe un movimiento permanente pero siempre vacío, lo mismo que en la locura, y en ambos la palabra es remitida a la lengua, y la lengua queda establecida sobre la palabra. Pero la locura no cuenta el nacimiento de una obra, sino la forma vacía de la que viene la obra, y es justo en ese punto en donde se excluye de la literatura, pues esta última sí cuenta el nacimiento de la obra, a partir de la crítica. La literatura tiene un ser sobre el cual hay que interrogarla, el cual viene desde el lenguaje, nos dice. En ese lenguaje se produce un vacío, que comulga con el lenguaje de la locura, de lo que debe ser llenado. Y es que la literatura, en su lenguaje, se pliega sobre sí misma y transgrede, señala, lo mismo que hace la locura. En relación con esto, en el texto *Los anormales* (2001), Foucault califica de tal manera a aquel que es interpretado como un monstruo cotidiano, un monstruo trivializado, como ha de llamarlo. De tal manera que el sujeto construido desde ese parámetro lo es a partir de una serie de denominadores entre los cuales confluyen la familia, la escuela, el barrio al que se pertenece, la iglesia, la policía, el entorno en general (Foucault 2001: 63), “victimizadores” y “víctimas”, al mismo tiempo, de lo que significa la emergencia y la consecuencia de la aparición de estos anormales o monstruos. Ya Foucault señalará que la curación del loco está en la razón del otro, pues la razón del loco es la verdad que comporta la locura. Y la curación va de su verdad a la verdad que establece el hombre, el otro. El loco es diferente, y en tanto tal está imposibilitado de responder a los mismos parámetros que la sociedad establece para la “normalidad”, la cordura. El problema es que la cordura se manifiesta desde el espacio del poder, por lo que quienes están excluidos son los monstruos o los locos. Lo cierto es que la locura transita por los laberintos del poder, en tanto está sujeta a las reglas sociales ya establecidas, como se señaló páginas atrás. La locura es parte, entonces, de lo manifiesto socialmente, aceptado o no, pero allí. Y es que la locura, como la poesía, enuncian discursos muchas veces molestos, por críticos, por cuestionadores, por sacar a la luz lo oculto, y ello trae



implicaciones. La enajenación es la forma de contrarrestar tales discursos. En muchas ocasiones el loco se erige desde la locura como una forma de ser reconocido, ser identificado. Las sociedades antropofágicas se tragan a las personas y las sociedades antropeómicas las vomitan. Lo mismo ocurre en *Cachaza*, de Virgilio Mora Rodríguez. Son sociedades en donde el modelo de la violencia como imposición para devorar o expulsar, termina por ocupar todos los espacios. La locura es una desviación de la norma, una irrupción en un espacio rechazado por la sociedad, pero en evidente diferencia. El que se adapta a la norma, el cuerdo, es definido como normal, valga el equivalente hacia esa calificación. Si la locura se enfrenta al discurso del Amo, pone en peligro lo establecido, la normalidad constituida por quienes quedan fuera de la alienación como tal. Es por ello que se debe señalar que la locura es un producto social definido de acuerdo con cada sociedad en el tiempo y en el espacio. Es la sociedad quien define quién está loco y quién no. Se los puede integrar, se los puede exaltar o simplemente internar; lo cierto es que el loco en la sociedad siempre va a ser definido desde la diferencia. De tal manera, lo marginal se vuelve una forma de expulsar o de no integrar aquello que socialmente resulta incómodo. La locura es una expresión de las contradicciones sociales, las cuales deben ser rechazadas. Es por ello que esta, entonces, deviene producto de la represión social y es asignada a quienes se niegan a ser parte del sistema. Quizás la locura sea la negación a sumarse a la locura de lo social. Es parte del mundo de contradicciones sociales existentes. La locura, por lo tanto, ha de gravitar el espacio social, en todas sus esferas, como parte de la propia historia del ser humano en sus (inter)relaciones. Locura y cordura son elementos imprescindibles del entramado social.

Desarrollo

Tig. Tingle, tingle, tangle toes, ella es muy buena para la pesca, atrapa gallinas, en jaulas las mete... pinzas, tenazas, tres gansos vienen en bandada...uno voló al este, el otro hacia el oeste, sobre el nido del cuco voló éste... F-U-E-R-A es fuera...ahí viene el ganso y a ti te lleva.(Kasey, 1977)



En la locura, el mundo interior de los personajes adquiere una preponderancia importante, aun cuando su relación con el entorno no resulte ajena. El enfermo mental es expulsado del mundo de los demás, como apunta Foucault, y queda excluido del espacio de estos, por lo cual además debe ser encerrado en la cárcel, en el hospital o en el asilo, lugares de reclusión para quienes atentan contra el orden establecido. Son extraños, son amenaza. La alineación es también impuesta, desde ese punto de vista, por la sociedad. Lo que es cierto es que la sociedad abomina al loco porque pone en peligro el orden establecido, en tanto descentrado, fuera del centro normado. Su presencia, por lo tanto, es una amenaza. La locura es la amenaza de la razón, un corte con lo establecido como el orden primordial impuesto por la colectividad. Es por ello que los hospitales, las cárceles y el manicomio se convierten en lugares donde el encierro, más que la cura, implica un despojo, un lanzamiento de la sinrazón y el caos hacia un espacio que implica olvido y enajenación. A ese mundo asisten la prostituta, la bruja, el hereje, el libertino (no olvidemos los últimos años del marqués de Sade, por citar apenas un ejemplo) y todos aquellos que atentan contra las estructuras; de allí que no sea raro que el indigente pase por ese filtro de igual manera, cuando ya no es tolerado. Lo anterior lleva a pensar entonces en que la locura no es solo una manifestación sino una construcción, en la que la “comodidad” establece espacios para unos y otros según su papel social. La locura manifiesta un tipo de saber, el cual muchas veces resulta ajeno a los demás, a los “normales”, lo cual mueve a la extrañeza y al rechazo, producto del desconocimiento que estos mismos presentan ante tal saber emergente.

Cuando se lee el texto es inevitable pensar en la idea de una locura que no deriva de fuera, sino de adentro del propio manicomio, una locura asignada por un medio que prefiere ahogar la disidencia del discurso y reducir la locura a quien desdiga tal discurso. El loco, más que tal, en verdad es un reo, lo cual concuerda con la idea foucaultiana en relación con el encierro en el que confluyen el loco, la prostituta, el indigente, el enfermo mental y el delincuente. Todos son lo mismo, reducidos a partir de un espacio que los asimila y los asemeja. Desde tal perspectiva, cárcel y manicomio se convierten en lo mismo como espacio de encierro, no de recuperación, sino de olvido. Es por ello por lo que el personaje principal, Mc Murphy, en la novela de Ken



Kasey, resulta extraño en tanto atenta contra el orden, lo cual convierte su “locura” en un rompimiento de ese orden. No se permite, a sí mismo la “no vida”, esa negación que los demás asumen como parte inevitable de sus vidas en ese espacio represivo. No es casual que en la novela de Virgilio Mora Rodríguez, Cachaza, el personaje principal de igual manera cuestione el estatus establecido de olvido, de carencia, de perturbación por el cual pasan los demás sujetos incorporados a la no-vida del manicomio. El cuestionamiento del personaje, oculto en el silencio para no delatarse, carece de la extroversión de Mc Murphy en la novela *Alguien voló sobre el nido del cuco*, pero la crítica incorporada pasa por el mismo plano. El llamado a la vida debe partir de la negación del presente impuesto. De tal manera, como ocurre con el jefe indio en la novela estadounidense, también Cachaza parece ser ajeno al medio, al entorno en el cual se mueve y vive y sobrevive. El silencio es la forma de escapar y evadirse que utilizan ambos para no evidenciar su terror a la posible salida a un mundo que está más allá del asilo, otra cárcel, otro espacio de locura sobredimensionado. En las dos novelas, tanto Mc Murphy y el Gran Jefe, en una, como Cachaza, en la otra, actúan la locura, aunque el único que abiertamente desafía lo establecido es Mc Murphy, pues actúa y se comporta como el bufón que amenaza el espacio de poder de la enfermera jefe, lo cual no se da en la novela de Virgilio Mora. A Mc Murphy se lo encierra para separarlo, desligarlo del entorno social, lo mismo que ocurre con los personajes de la novela de Virgilio Mora. En ambos textos, la “operación” foucaltiana relacionada con la separación social del “enajenado” se justifica desde el ámbito no de la curación sino del proceso de invisibilización necesario. A los personajes de ambas novelas se los examina para confirmar la locura que los sujeta, diagnóstico por lo demás previsible desde antes de la revisión misma. Tal proceso de asignación de locura confirma el posicionamiento que desde la otredad se les asigna a estos. Es así como la entrada al manicomio, en uno y otro caso, es efectivamente la reasignación social: la enfermedad los ata a estas instituciones que en adelante los re-significa, los re-identifica. Ciertamente la locura se les asigna desde fuera, desde un discurso que prevalece a partir de la “razón” social, de la posición y posesión del poder. Es así como Mc Murphy demuestra una capacidad de socialización tal que lo hace, lo confirma como diferente del personal y de los demás pacientes del sanatorio. Su locura es su propia diferencia, la cual no es entendida por los otros. Por ello, cuando no logra despegar el lavatorio del piso,



su frase a los demás es: “Al menos lo intenté”, metáfora o símbolo que reafirma su convicción de ir en contra de lo establecido sin dejarse vencer, sin renunciar a su esencia como tal. Por ello, cuando entra en el manicomio, el propio director cuestiona su locura, lo cual de nuevo permite la comparación con Cachaza, pues este, a partir de su pensamiento, nos pone de relieve la cordura desde la cual se aferra para fingir su locura. Ambos personajes optan por “buscar” en el manicomio una especie de refugio ante lo insoportable del entorno: para Mc Murphy, la cárcel; para Cachaza, la calle, lugar inhóspito e irrelevante para él. Es por este motivo por lo que el proceso de negación relacionado para con la figura de Mc Murphy se va ensanchando por parte de los otros. Ejemplo de ello es el momento en el cual escapa con los demás para ir de pesca. En ese proceso, fundamentalmente este, como propiciador de la “revuelta”, pasa a ser definido, por los “especialistas”, no como un loco, sino como un sujeto peligroso, lo cual no lo exime de su lugar en el sanatorio, pues sigue siendo ese un espacio de reclusión y de encierro, capaz de marginar a los pacientes del resto de la sociedad. Por lo anterior, el propio Mc Murphy cuestiona a sus amigos pacientes, algunos de los cuales no pasan por el filtro, en principio al menos, de un encierro permanente, pues pueden optar por la salida cuando lo deseen, ya que son voluntarios del lugar. No obstante, lo que este no entiende es la incapacidad de los mismos para hacer frente al mundo de afuera, como sujetos ya inadaptados, en proceso de desposesión en relación con la sociedad. El concepto de libertad que este define para sí no es el de los demás. La libertad es posesión de dentro hacia afuera para McMurphy, mientras que para los demás es concepto que deriva de afuera hacia adentro: es la construcción de un proceso que no los acompaña, que los ha coaccionado. Es lo que ocurre con el jefe. Su libertad no está afuera, sino que vive, internamente, un proceso permanente de desposesión y carencia. Por ello opta por la “tranquilidad” que el lugar de encierro le puede dar, paradójicamente. Es lo que hace Cachaza en la novela de Mora Rodríguez. Otro aspecto que enlaza ambos textos tiene que ver con la represión y el ahogo efectuado a todo intento de rebelión. Es por ello que en la novela de Kesey, Mc Murphy, Cheswik y el jefe Bromden se ven castigados severamente cuando participan en el conflicto relacionado con la posesión y derecho de los cigarrillos y el fumado. Los maquinazos son la forma de control establecido, salvaje sí, pero aleccionador. El orden establecido no admite disidencias. Es lo que ocurre en la novela de Virgilio Mora, cuando alguno de



los pacientes se atreve a romper lo establecido. De inmediato el maquinazo, como forma de control y “curación” se manifiesta. Lo sufre El playo Valdés, el propio Cachaza en su momento, lo sufre Lario, y los demás que establezcan o intenten llevar a cabo un acto contestatario. De hecho, debe rescatarse la idea de que el jefe Bromden no huye precisamente porque le tiene miedo al mundo de afuera. Lo mismo ocurre con Cachaza. Desde tal punto de vista, ambos se asimilan. El padre del jefe era un hombre derrotado, y ello le provoca un miedo particular a Bromden, debido al temor que experimenta en caso de terminar igual que su progenitor. Aunado a ello, es Cachaza también hijo de un padre derrotado, que intenta proteger a su esposa e hijo, pero que acaba avasallado por la fuerza de los militares represores. Ante situaciones vitales tan crueles como estas, los dos, Bromden y Cachaza, optan por el silencio signifiante (en este caso de una locura claramente fingida, construida), y ello les permite, más que vivir, sobrevivir en el espacio del manicomio, poseídos de una invisibilidad buscada por los dos. A la par del miedo que enlaza las limitaciones de ambos personajes, Mc Murphy construye su distancia. Y se convierte en el sujeto que desafía los convencionalismos. Es el personaje transgresor, razón por la cual su locura no solo es cuestionada, sino que incluso lo coloca en una dimensión diferente en relación con los demás pacientes y “voluntarios” del sanatorio. Es el personaje envuelto en una rebelión que lo pone en conflicto con la enfermera jefe, en tanto cuestiona el espacio de poder de aquella. Opta por hablar, no se refugia en el silencio, como sí lo hacen Bromden y Cachaza, convenientemente para ambos, en un silencio que resulta estratégico pero al mismo tiempo coaccionador, de alguna manera, para ellos mismos. Claramente los dos textos refieren a métodos de tratamientos en los cuales la barbarie predomina. La cura resulta imposible, y la enajenación plena termina por recaer sobre los pacientes. Es el caso de Cachaza hacia el final de la novela, de El Playo Valdés, de La Loca Prado, etc. Y en la novela de Kasey, el ejemplo paradigmático es ciertamente el de Mc Murphy, reducido, alienado, borrado de cualquier posibilidad de nueva rebelión. El mismo personaje que en principio es definido como un psicópata, termina por convertirse en lo más cercano a un vegetal. De esta forma, en ambos textos se cumple el objetivo fundamental: alejar a los pacientes o Crónicos de la ciudad, para que no estorben a los demás, en un sentido muy foucaultiano de la represión y el ejercicio del poder como forma de invisibilización. Tal es lo que señala el jefe Bromden/Cachaza en sus reflexiones cuando describe el entorno que lo “aprisiona”:



Al otro lado de la sala, frente a los Agudos, se encuentran los desechos del Establecimiento, los Crónicos. Éstos no están en el hospital para que los recompongan, sino simplemente para evitar que corran por las calles y desprestigien el producto. Los Crónicos no saldrán nunca de aquí, así lo admite el personal. Los Crónicos se subdividen en Ambulantes que, como yo, aún pueden andar solos si se les alimenta, en Rodantes y en Vegetales. En realidad, los Crónicos –o la mayoría de nosotros- son máquinas con fallos sin reparación posible, fallos de origen, o fallos que han ido formándose a lo largo de tantos años de darse con la cabeza contra obstáculos impenetrables hasta que cuando el hospital da con el tipo en cuestión éste sólo es un montón de chatarra abandonada en un erial (Kasey 1977: 23)

En ambas novelas, los errores médicos pueblan el desarrollo de los textos. En *Cachaza*, el tratamiento por medio de maquinazos va destruyendo el cerebro de algunos de ellos, como ocurre con el Lario, con La Loca Prado, con el propio Cachaza, o con el Taco y el Viejito. La justificación de tales aplicaciones médicas, si cabe llamarlas de tal manera, se lleva a cabo durante las reuniones de doctores, los cuales hablan de sus casos y de los tratamientos aplicados, que en muchos casos llevan a la cura o la mejoría de los pacientes, de acuerdo con el criterio de los doctores. En la novela de Kasey, por su lado, los tratamientos que reciben los Crónicos derivan en procesos de regresión o involución degradante. Es el caso de Ellis, convertido en un casi vegetal, degradado, desconectado del mundo:

Y al cabo de dos semanas lo devolvieron a la galería, calvo, y con una grasienta mancha rojiza en la frente y dos clavijas del tamaño de un botón cosidas una sobre cada ojo. Se ve en sus ojos cómo le quemaron ahí dentro; tiene los ojos todos llenos de humo y grises y vacíos como fusibles quemados. Ahora, se pasa todo el día sosteniendo frente a ese rostro quemado una vieja fotografía y le da vueltas y más vueltas entre sus fríos dedos, y de tanto manosearla, la fotografía se ha vuelto tan gris como sus ojos, por las dos caras, hasta el punto de que resulta imposible saber qué representaba (Kasey 1977: 24-25)

La “reducción” es el signo de una cura manifiesta, construida desde el espacio de la represión en ambas novelas. Esto nos reitera el hecho de que en ambos textos la locura forma parte de una imposición desde el discurso dominante, lo mismo que la cordura adviene a partir de la confirmación de este discurso. La inserción del enajenado o la exclusión misma, se manifiesta y



construye desde la posición de quien posee el lugar del poder. En medio de esto, quizás en la novela de Kasey aparece una vena cómica desprovista por completo en la novela de Virgilio Mora, mucho más fatalista en la concepción de mundo que construyen Cachaza y los suyos. Mc Murphy y Harding compiten por ser el más enajenado del lugar, y ello va produciendo una atmósfera, en medio del dolor y la degradación, que también puede mover a la risa. En la novela *Cachaza*, sin embargo, el fracaso que embarga a los personajes es tal que no da margen sino para la tragedia y el llanto, la degradación y el sufrimiento, en un espacio en el cual no cabe la posibilidad de la redención. Cabe señalar que el sentido de anarquía que caracteriza a Mc Murphy, si bien lo liga en ocasiones con los demás enfermos, ciertamente termina por desligarlo de estos, lo cual lo reafirma como el verdadero enajenado, en un mundo en el cual no hay espacio para el caos, para el discurso contestatario. Cachaza, con su silencio, lo mismo que el jefe Bromden, dan cuenta de un “discurso” que describe la soledad y la desposesión de los personajes sometidos al encierro. La locura es espacio para el control, es “discurso” controlado, si se puede llamar de tal manera, y que excluye a los desposeídos, carentes ante la “Razón” de los otros, los de afuera. Mc Murphy “defiende” su espacio de locura, e insiste en él para evadir la cárcel, otro espacio de encierro, lo mismo que hace el jefe Bromden e igual Cachaza, el que rehuye el mundo de afuera, que es su propia cárcel, y la interrelación con un mundo que lo reduce, lo avasalla y le resulta hostil. La locura es también un escape, una evasión a la insoportable realidad del ser en el mundo. De lo anterior se colige que la locura pasa por el filtro de la sociedad, la cual determina este estado de enajenación, de invisibilidad en gran medida, y construye los procesos de identidad o des-identificación de los sujetos. Ocurre en ambas novelas: en *Cachaza*, el personaje central es loco en tanto calla, desconectado del mundo ante la mirada de los doctores y enfermeras, lo mismo que ocurre con el jefe Bromden, y con Mc Murphy, el cual ensaya también su locura. Los ejemplos que podemos extraer de una u otra novela, en verdad responden a un mismo problema que aqueja a los personajes, por lo cual se pueden asimilar por igual:

He oído tantas veces esa teoría de la Comunidad Terapéutica que soy capaz de repetirla del derecho y del revés: que un tipo primero tiene que aprender a desenvolverse en un grupo y sólo después será capaz de funcionar en una sociedad normal; que el grupo puede ayudar al tipo dándole a entender cuáles son sus fallos;



que la sociedad es la que decide quién está cuerdo y quién no y, por tanto, es preciso pasar la prueba. Cuánta verborrea. Cada vez que llega un nuevo paciente a la galería, el doctor se lanza de lleno a exponer la teoría; de hecho ésas son las únicas ocasiones en que toma las riendas y se pone al frente de la reunión. Explica que la Comunidad Terapéutica tiene por objeto conseguir una galería democrática, completamente gobernada por los pacientes y por sus votos, y que se esfuerza por formar unos ciudadanos dignos, capaces de volver a salir a la calle, al Exterior (Kasey 1977: 60-61)

Mc Murphy mira y juzga en el fondo los tratamientos que reciben como una forma de castración simbólica, pues se los priva de la negación a recibir estos, así como se los “confirma” desde la oficialidad del discurso impuesto a lo interno del recinto, y se confiere voz de autoridad indiscutible a la enfermera jefa, la cual establece cuándo deben recibir estos o no. Mc Murphy cuestiona ante Harding la efectividad de estos tratamientos, que no hacen más que constituir una farsa ante sus ojos. Su voz se levanta contra el sistema, a diferencia de lo que hace Cachaza en la novela de Mora Rodríguez, pues opta más bien por pensar y repensar en torno a la mentira del tratamiento, pero no enfrenta su voz contra la del discurso oficial. Por ello permanece desdibujado el discurso que contraponga la “Sinrazón” contra la “Razón”:

No, esa enfermera no es una especie de monstruosa gallina, amigo, es una capadora. He conocido a miles como ella, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Los he visto por todo el país y en muchas casas; gente que intenta desarmar a los demás, para hacerles marcar el paso, seguir sus reglas, vivir según sus dictados. Y la mejor forma de conseguirlo, de doblegar a alguien, es cogerle por donde más duele. ¿Nunca te han dado una patada en los huevos en una pelea, amigo? ¿Te deja frío, verdad? Es lo peor que hay. Te da náuseas, te deja sin fuerzas. Cuando te enfrentas con un tipo que quiere doblegarte a base de que tú pierdas terreno en vez de intentar ganarlo él, cuidado con su rodilla, seguro que intentará darte en las partes. Y eso es lo que hace esa vieja urraca, intenta darte en las partes (Kasey 1977: 73)

Los pacientes subestiman su propia condición en el manicomio. Delegan su palabra en los dictados de la enfermera en Jefe. Como lo menciona la novela: se consideran a sí mismos como conejos, seres desvalidos ante los otros, débiles, temerosos. La enfermera es el lobo, el fuerte, de acuerdo con las palabras de Harding, que los pone en su lugar, y les asigna una identidad. Mc



Murphy rechaza la idea de la cual habla Harding, y su discurso se vuelve contestatario en el lugar en el cual la enfermera ordena y manda. El espacio se vuelve ante los ojos de Mc Murphy como un equivalente de los campos de prisioneros chinos rojos. En ese mundo no hay respuesta ante los dictados establecidos desde adentro. De igual manera, en la novela Cachaza, el discurso portador de la verdad se vuelve incontestable. Es el discurso de la Razón. Cachaza, el Viejito, el Taco, La Loca Prado, y todos los demás pacientes se ven imposibilitados de levantar la voz contra el discurso oficial. Hacerlo es verse sometido a una serie de maquinazos que terminarían por reducirlos a una condición de vegetales, lo más cercano a una lobotomía, como ocurre en la novela de Kasey. El mundo del manicomio es una cárcel, un encierro permanente del cual no hay escapatoria. Allí están sometidos al panóptico discursivo foucaltiano de un discurso que no debe ser puesto en duda. Mc Murphy construye su locura como lo hace Cachaza y el jefe Bromden: a partir del engaño, de la asunción de un falso discurso, en el cual lo mejor es fingir. A pesar de los cuestionamientos de Mc Murphy, este se asimila a la locura cuando las circunstancias lo obligan, esquema que nunca rompen Cachaza o Bromden:

-Y otra cosa: estoy aquí porque así lo había planeado, pura y simplemente, porque es mejor estar aquí que en un correccional. Que yo sepa no soy un lunático, o al menos nunca me lo habían dicho. Vuestra enfermera no lo sabe; no se espera que se le acerque alguien con una mente tan sagaz como la mía. Son cosas que me dan una provechosa ventaja. Con que, cinco dólares contra cualquiera que desee apostar que soy incapaz de comerme viva a esa enfermera en menos de una semana (Kasey 1977: 88)

Es por ello que, en relación con esta novela de Kasey, *Cachaza*, de Virgilio Mora Rodríguez, viene a reafirmar el espacio de lo trágico en el cual viven los personajes, en una apacible tranquilidad solo aparente, pues de hecho el propio Cachaza hace referencia a la muerte de uno de los pacientes, ocurrida días atrás, mientras la muerte psicológica campea por todo el asilo, tal como le ocurre a El Taco, al Viejito, y a todos los pacientes que pasan a un olvido casi total dentro de las instalaciones y a la invisibilización plena para el resto de la sociedad. La represión se torna en el peor castigo para estos, solo equiparado con el silencio cómplice de la sociedad del cual estos son sujeto y objeto en ambas novelas. Por ello, cuando la voz de desafío se hace



presente en el texto de Kasey más que en el de Mora, rápidamente es acallada por poner en entredicho lo establecido. Es lo que hace Mc Murphy cuando intenta levantar el lavabo y a pesar de su fracaso deja entre los demás la idea de que lo intentó, pero nadie más se atreve, al menos en ese momento. No acepta reproches, y no se deja vencer. Pero su voz no tiene asidero inmediato entre los Crónicos. En ambos textos se manifiesta un temor a la soledad que los lleva a vivir bajo condiciones que resultan nefastas. Es lo que hace Cachaza al rechazar insertarse en la sociedad, pues le teme más al mundo de afuera que al submundo que le teje el Chapuí, a pesar de la mala comida, del maltrato, del peligro inminente de cada día, de la falta de una cama digna, de unas condiciones insalubres, a pesar de las ratas y las cucarachas, asimiladas en definitiva a la propia condición en la cual existen y coexisten los “enfermos”. El jefe Bromden manifiesta a su vez su propio temor también por ese mundo de afuera, por lo cual se refugia, se evade en el silencio que lo despoja de la voz y lo convierte en el “loco”:

Entonces descubrí una cosa: no tenía por qué ir a parar junto a esa puerta si no me movía cuando comenzaba a cubrirme la niebla y me limitaba a quedarme quieto en mi sitio. El problema estaba en que yo mismo acababa dirigiéndome a esa puerta porque me asustaba permanecer tanto rato perdido y entonces me ponía a aullar y les ayudaba a descubrirme. Chillaba para que me descubriesen; tenía la impresión de que cualquier cosa, incluso la Sala de Chocs, era preferible a continuar eternamente perdido. Ahora ya no sé. Estar perdido no resulta tan terrible (Kasey 1977: 149).

En la novela de Kasey, la aparición de la niebla como metáfora trae aparejado el símbolo del mutismo, del conformismo, del peso rutinario, de la perennidad de un estado que es siempre el mismo. Es allí donde surge la figura de McMurphy que intenta romper con lo establecido y por ello deviene amenaza no solo para las reglas del manicomio, para los doctores y Ratched, sino incluso para los propios crónicos que se mueven a su alrededor, tal como lo reflexiona Bromden en algún momento: Ahora empiezo a comprender todo el alcance del riesgo que hemos corrido al permitir que Mc Murphy intentara sacarnos de la niebla (Kasey 1977 : 168) La peligrosidad de Mc Murphy no radica en la locura asignada, sino más bien en la actitud cuestionadora que emerge de este en cada momento con respecto a lo que sucede y se efectúa a lo interno del manicomio. Para los doctores es más fácil definirlo desde la



condición de psicópata y de sujeto peligroso en tanto ello también contribuye a la excusa para someterlo, para separarlo, distanciarlo del resto de la sociedad, y en gran medida de los demás Crónicos. Es por ello que Cachaza, en la novela de Mora Rodríguez no se atreve a romper su silencio auto impuesto, pues ello, de acuerdo con su percepción, lo delataría, lo despojaría de la máscara de locura (auto)asignada por la cual ha optado y se ha dejado llevar. Por otra parte, el miedo que provoca Mc Murphy entre los propios médicos, los hace evadir un conflicto directo con este, mientras traman la forma de sobrellevarlo para luego, quizás, librarse de este. Ello supondría el traslado del pabellón de los Crónicos al de los Perturbados, y con ello resguardarían la propia seguridad de cada uno. Esquizofrénico, Homosexual Latente con Formación Reactiva, Edipo Negativo, son algunos de los potenciales problemas que unos y otros ven en Mc Murphy, mientras este burla los diagnósticos una y otra vez. Como en la novela de Kasey, en *Cachaza* ocurre una situación similar, en tanto los diagnósticos variados van y viene y los pacientes pasan por el calvario de una experimentación, de un diagnóstico a todas luces risible y al mismo tiempo cruel. Los personajes “responden al saber” desposeído de los profesionales a cargo, los cuales los aniquilan con la excusa de una cura que nunca llega:

...todos los médicos son una mierda empezando por esos pendejos del San Juan, conversión, que conversión ni que ocho cuartos, esos medicuchos como todos los de este Hospital deberían salir del País, que rrelajo, conversión, dále tú el electrochoque y ten cuidado que la semana pasada le tumbaste un montón de dientes a los pacientes, con cuidado, como te he enseñado, a ver dale el electrochoque, y después de eso el paciente ya no se despertó, se murió esta madrugada a eso de las cuatro (Mora Rodríguez 1977: 37-38)

La verdadera locura es el sometimiento trágico de los pacientes a un saber que claramente no sabe, en ambas novelas, y que más bien resulta paródico. Es vital señalar que en las dos novelas los delirios no siempre provienen del “loco”, pues en verdad el discurso da vuelta y establece una relectura de la enajenación, en la cual nos damos cuenta de que los profesionales son quizás los más delirantes en el mundo de la locura y la distancia desde la cual se colocan. La mancha que cargan sobre sí no la asimilan como propia, sino como producto de aquellos a los que cuidan y que pueblan las galerías de los manicomios. Es lo que sucede a *Ratched* cuando



permanentemente ve una mancha en su cuerpo, y reza para despojarse de esta, pero nunca desaparece, a pesar de que la mancha en la carne no existe. Es la fantasía delirante de quien se ubica del otro lado de la Sinrazón. Es lo que hace Chatoa, Montuno, Robadivía y todos los demás médicos en la novela costarricense, en la cual la locura y el error nunca se asimilan desde el lado de los administrativos, las enfermeras y los médicos, pues ello sería poner en duda el lugar de privilegio, el lugar del espacio panóptico de control y cura en el cual estos se ubican, como espacio de encierro, y como lugar de tortura, de aspecto infernal:

-Ustedes están en este hospital –intervenía ella, como si lo repitiese por centésima vez-, debido a su demostrada incapacidad para adaptarse a la vida en sociedad. El doctor y yo opinamos que cada minuto que pasen en compañía de los demás, con algunas excepciones, es terapéutico, en tanto que cada minuto a solas no hace más que aumentar su distanciamiento (Kasey 1977: 187)

Esto se ha vuelto un charco, caen goteras de todos lados y yo aún debajo de esta cama estoy empapado hasta los huesos, qué aguaceros, qué aguamaniles, qué horribles que son los inviernos, llueve de noche y de día parejo, sin descanso, qué barrial, el agua se cuela a través del colchón, ya me imagino al viejito y al Taco, les han de caer goterones, esto no tiene nombre, este salón se ha convertido en un lago... (Mora Rodríguez 1977: 53-54)

Mc Murphy se cuestiona la diferencia entre el hospital y la cárcel, y entonces opta por el espacio del manicomio, en tanto le resulta más tolerable ante lo que representa uno y otro. No obstante, la comparación entre estos ya deja ver el hecho de que exista una cierta sinonimia. El hospital-manicomio le representa la oportunidad de poder establecerse más a sus anchas en relación con el resto de los pacientes, no necesariamente con el sistema, que resulta igualmente represor. De igual forma, en *Cachaza*, el personaje que da nombre al texto opta por el manicomio, pues a pesar de la pésima comida, de las condiciones infrahumanas en cuanto a camas, higiene, respeto hacia ellos, salud, y demás, el mundo de afuera, en plena equivalencia ciudad y cárcel, le resulta inhóspito, horripilante, terrorífico, y amenazante. Opta por el manicomio y una locura construida desde sí mismo para evadir (se) de ese espacio macabro que le representa el que se yergue más allá de las paredes del Chapuú. Desde tal perspectiva, ambos textos van tejiendo estas similitudes de manera congruente, a pesar de la diferencia en espacio y tiempo en las cuales



fueron escritas. La locura se ofrece a los pacientes en ambos textos como una manera de asimilarlos al medio en el cual terminan por vivir y convivir. En algunos casos, evidentemente la enajenación que los posee los desconecta de ambos mundos: el de adentro (de sí mismos y el propio manicomio) y el de afuera. Con todo, ambas novelas grafican una locura social que va más allá de los meros espacios de “tratamiento” y desposesión. Esta se extiende por cada espacio, y por cada personaje. Es una locura construida en un mundo “desquiciado” que equipara ambos textos. El discurso de poder y represión, de acuerdo con los postulados teóricos de Foucault, se aplica en las dos novelas de manera pasmosamente similar. Ante ello, *Ratched*, en la novela de Kasey, es el discurso desde arriba y desde afuera. Es el poder y la represión encarnados en la figura de la enfermera en Jefe. Es la arbitrariedad del “orden impuesto”; de allí que resulte legítima alteridad, otredad para los pacientes con los cuales tiene contacto cada día. Es ella quien decide la locura y la cordura. De igual manera, las directrices emanadas por doctores, enfermeras y personal administrativo en la novela de Mora Rodríguez definen el uso del discurso que proviene desde un espacio alienado para los pacientes. La Razón está por encima de los “enfermos”, y por eso son subyugados. En verdad, ambos textos tienen como signo en común, entre tantos otros, la barbarie del tratamiento. Los electrochoques en *Cachaza* constituyen una forma de apaciguar al paciente, de hacerlo regresar de sus involuciones, aun cuando ante los ojos críticos de nuestro personaje principal ello no sea más que una forma de destruir al paciente, de achicharrarle los párpados, de tumbarle los dientes y de reducirlo a una condición de vegetal rayana en la bestialización o la idiotez. De igual forma en *Alguien voló sobre el nido del cuco*, Kasey plantea también una crítica atroz contra el sistema desalmado, el cual proviene de la más profunda perversidad que pueda concebirse:

-Vaya vida –gimotea Sefelt-. A unos nos dan pastillas para que no tengamos ataques, a los otros les someten a un choc para provocárselos.

Harding se inclina hacia delante para explicárselo a McMurphy.

-Te diré cómo lo descubrieron: dos psiquiatras visitaron un matadero, Dios sabe con qué malévolos propósitos, y estuvieron observando cómo mataban las reses de un golpe entre los ojos con un martillo. Advirtieron que no todas las reses morían y que algunas caían al suelo en un estado muy similar al de una



convulsión epiléptica. “Ajá”, comentó uno de ellos. “Es exactamente lo que necesitamos para nuestros pacientes: ¡una *convulsión inducida!*” Su colega estuvo de acuerdo, como es lógico. Se había comprobado que después de sufrir una convulsión epiléptica, los pacientes mostraban tendencia a mostrarse más tranquilos y pacíficos durante algún tiempo, y que los casos violentos, que habían perdido todo contacto, conseguían sostener una conversación racional después de una convulsión. Nadie sabía por qué; siguen sin saberlo. Pero era evidente que de conseguir inducir un ataque convulsivo en pacientes no epilépticos podrían obtenerse resultados muy favorables. Y ahí, ante sus ojos, tenían a un hombre que iba induciendo convulsiones con considerable aplomo (Kasey 1977: 210)

Los pacientes de ambos textos se ven sometidos a un martirio permanente, ejemplificado a partir de los electrochoques, los olvidos que con ello vienen, el dolor físico, la impotencia derivada de tal situación, el proceso de humillación encubierto. Ello ocurre con las lobotomías aplicadas en el manicomio, en el cual se halla Mc Murphy, y los tratamientos bestiales que sufren los demás personajes en un afán de justificar el proceso de cura. De igual forma, es lo que sufre el Lario, en la novela *Cachaza*, lo que vive en algún momento El Playo Valdés, y lo que recibe, como “regalo de Navidad”, el propio Cachaza, que termina desconectado del mundo, de su entorno, de todo. Es por ello que Ratched, el sistema interno, y la estructura que teje el funcionamiento dentro del asilo, reduce la resistencia, poca o mucha que los enfermos puedan establecer. De igual manera, en la novela de Mora Rodríguez, los doctores, la dirección del Chapuí, las enfermeras, el personal en pleno, “velan” para que todo se efectúe según lo establecido, aun cuando el caos, la locura generalizada, el malestar social, el desorden imperante, y demás, se enmascaren con la excusa de un tratamiento hacia los pacientes que va develando en la mayoría la razón de su carencia y el camino que deba ser tratado para el proceso de recuperación. Tal debilidad es mostrada desde el espacio de carencia total que mueve a los personajes de los dos textos. En ambos se presenta un mundo de despojo personal evidente, a tal grado que el miedo, infundado o no, a estar afuera, a vivir en el mundo de la ciudad y a insertarse en el colectivo, los induce a su propio encierro, aunque la locura no sea el factor predominante de su estadía en estos recintos. En la novela de Kasey son voluntarios, no internados a la fuerza, al menos la mayor parte, lo cual escapa al entendimiento de Mc Murphy, reacio a aceptar la idea



de una sujeción establecida voluntariamente. De igual manera, en *Cachaza*, el personaje principal se ve sometido a un mundo de vejaciones que él mismo ha escogido, sabedor de que este es menos peligroso y demente que el mundo de afuera, hostil, agresor, despiadado. Es la escogencia de un infierno aun cuando lo que se rechace sea de igual manera un espacio infernal para estos. Es por ello que no cabe discusión, a pesar de la crítica establecida, con respecto a la dirección desde la cual se emite una “verdad” establecida. Esta verdad se fundamenta en la represión como necesidad y su ejercicio en aquellos y sobre aquellos que quebrantan lo normado y aceptado por el colectivo. Ello en nombre de una supuesta terapéutica, debido a los “problemas” de socialización que enfrentan los pacientes en ambas novelas. El discurso de la Razón es inviolable, no puesto en discusión y cada uno de ellos debe aceptar su lugar como sujetos desde los cuales se ejerce el control y se imponen las normas de la sociedad. De igual manera, se puede leer e interpretar el tamaño desde la perspectiva simbólica: los personajes empequeñecen ante la fuerza que los reduce. Es por ello que el padre del jefe Bromden, gigantesco como él, va disminuyendo ante los ojos de su hijo, debido a la fuerza de oposición que encuentra y enfrenta por parte de los que lo rodean, incluyendo su propia esposa. En *Cachaza* los personajes son empequeñecidos, mirados como niños, incapaces de enfrentar el mundo, y es por ello por lo cual deben permanecer en el manicomio, mientras “logran crecer” ante los demás. El padre del jefe Bromden sufre la tortura de ser obligado a vender sus tierras, y con ello lo minan y lo reducen, mientras en el asilo a *Cachaza* y sus compañeros los reducen a costa de maquinazos, de medicinas, de tranquilizantes, de tratamientos que, lejos de re incorporarlos, terminan por cerrar cualquier posibilidad de salida y de crecimiento. Por ello, la programación social define a los sujetos y los incorpora o los des incorpora, como al jefe Bromden, como al padre de este, como a Mc Murphy, como a *Cachaza*, como a Frijolillo, como al Taco, como a Tenorio, etc. :

-No, no, escucha. No te doman de ese modo; ¡te atacan por donde no puedes defenderte! ¡Te meten cosas dentro! Te *instalan* cosas. En cuanto comprenden que vas a ser un gran tipo se ponen manos a la obra y te incorporan sus asquerosos mecanismos desde que eres niño, ¡y no paran hasta que consiguen *programarte!* (Kasey 1977: 242)



La derrota acompaña a los personajes a lo largo de su destino dentro del manicomio. La incapacidad de una salida no es más que la predestinación del discurso del cual habla Foucault en su momento: los derrotados, tales como indigentes, locos, prostitutas, reos, y demás, no son más que sujetos indeseables para la sociedad, por lo cual lo mejor es invisibilizarlos, y si el proceso de empequeñecimiento, de borramiento, de alienación es el mejor recurso, pues ambos textos lo cumplen a cabalidad. La locura es el producto de una imposición social que asigna roles y determina funciones. Los antagonismos entre lo “normal” y lo “anormal” circundan los textos y construyen los paradigmas que definen la función de unos y otros. Ratched es la Razón, Mc Murphy es la Sinrazón, la locura. Cachaza es la desposesión, Chatoa, la enfermera Betty, la institución como tal, son los portadores de una Razón que termina por imponerse. No es casual que Harding, en la novela de Kasey, “razone” su condición de enajenado, de loco, en tanto ello le da el privilegio de poseer poder y usarlo a su favor, aun cuando sea con el miedo que el loco cause en la sociedad:

Jamás se me había ocurrido que la enfermedad mental podía tener una faceta de poder, *poder*. Te das cuenta: es posible que cuanto más loco esté un hombre, mayor poder pueda adquirir. Hitler sería un ejemplo. Increíble, ¿verdad? Buena materia de reflexión (Kasey 1977: 261)

Es llamativo el hecho de que en ocasiones la locura sea abordada de una forma casi cómica, risible, y más aún si es por parte de los propios pacientes. La construcción textual desde la cual se conforma y elabora la novela de Kasey, puede dar margen a tal manifestación, no así la de Mora Rodríguez, marcada por un sino trágico de principio a fin, donde los momentos risibles son lunares en medio del dolor y la frustración de los personajes:

-Hasta podríamos organizar un grupo de presión en Washington – iba diciendo Harding-, una organización, NAAIP. Montar campañas. Poner grandes anuncios en la carretera con un esquizofrénico babeante al pie de una máquina apisonadora, con grandes letras rojas y verdes: “Contrate a un loco.” Nuestro futuro es prometedor, caballeros (Kasey 1977: 264)

La violencia se ejerce en ambos textos, como una manera de asimilar a estos al orden. El ejercicio de la dimisión, del espíritu contestatario, no tiene espacio. Mc Murphy es fuertemente reprimido cuando intenta mover a un



nuevo orden, a una forma diferente de la establecida. Cachaza no desafía lo impuesto, no se atreve a hacerlo. Tiene claro que el rompimiento de su silencio es la venida del caos sobre sí mismo. Desafiar la normativa es exponerse al castigo ejemplarizante y devastador que funciona dentro de la institución:

A Mc Murphy le aplicaron tres electrochoques más esa semana. En cuanto comenzaba a emerger de uno, en cuanto recuperaba su guiño, aparecía la señorita Ratched con el doctor y le preguntaban si estaba dispuesto a mostrarse sensato, enfrentarse con su problema y regresar a la galería para un tratamiento. Y él se hinchaba, consciente de que todos los rostros de la galería de Perturbados estaban pendientes de sus palabras, y esperaba, y le decía a la enfermera que lamentaba no tener más que una vida que ofrecer a su país y que ni besándole el culo conseguiría hacerle abandonar el maldito buque. ¡Noo!

Luego se ponía en pie y hacía un par de reverencias en dirección a los muchachos que le sonreían, mientras la enfermera acompañaba al doctor a la Casilla para telefonar al Edificio Principal autorizando un nuevo tratamiento (Kasey 1977: 319)

...al menos no me dieron hoy de maquinazos, tal vez de aquí al lunes todos se hayan convencido de que estoy bien, de que no tengo regresión, de que eso son ideas del doctor Chatoa, tal vez tenga razón el doctor Montuno cuando dice que el doctor Guvila le está llenando el cerebro de mierda, yo creo que tiene razón, yo no tengo regresión, malnutrición, en eso tiene razón la señorita Pineda, se me ven todos los huesos, me puedo contar todas las costillas, el estómago se me hundió, malnutrición eso sí pero regresión eso no, yo no estoy loco, a todos se los voy a demostrar, de aquí no me he movido desde que me dieron las primeras pastillas, la señorita Pineda dijo que eran doscientos miligramos de Largactil y cuatro miligramos de Trilafón tres veces al día, en la mañana, en la tarde y al acostarme, eso es un montón pero me las tomé en un santiamén para que vean que quiero cooperar, todo con tal de que no me den electrochoques...(Mora Rodríguez 1977: 64)

Las anteriores citas de ambas novelas reafirman el hecho de condiciones establecidas para contraponer a la sociedad contra el enfermo, en un afán de reiterar el distanciamiento y la separación ejercida desde el asilo-cárcel al cual estos son sometidos. Mc Murphy señala su diferencia con respecto a ese mundo, el cual lo ha empujado hasta ese lugar, incapaz de entender y aceptar su diferencia, cualquiera que esta sea. Es distinto, como lo



apunta, pero no loco. La mismidad que comparte, en definitiva, con Bromden, los asimila y los hace distintos, los conjunta, y termina por distanciarlos del mundo. Su negación a la locura, y más bien la afirmación de su engaño, es lo mismo que hace Cachaza, al insistir en una actuación que le permita construir su locura, ensayar su locura, con el fin de mantener su distancia y su separación. Ya no es la locura desde afuera, sino desde adentro, en ambos textos, con el objetivo de evadir la relación con un mundo en el cual no tienen cabida.

La escapatoria final del jefe Bromden es un intento de salida, no de reconciliación con el mundo, sino de escape de la locura insoportable del manicomio. Su libertad es producto de la muerte psicológica (lobotomía) y luego física de Mc Murphy, al cual él mismo asfixia después de que le han practicado la lobotomía a este y lo han reducido. Su huida es un intento de salir a la vida que ha dejado escapar por años. Mc Murphy acaba vencido por el discurso de la sociedad, lo mismo que Cachaza, abrumados por el peso de una Razón ante la cual nada pueden lograr:

Scanlon, Martini y yo nos pasamos el resto de la tarde ridiculizando lo que Scanlon llamaba el roñoso doble de pacotilla, allí tendido en la camilla. Pero, a medida que fueron pasando las horas y comenzó a bajarle la hinchazón en torno a los ojos, advertí que cada vez eran más los muchachos que se acercaban a mirar aquella figura. Los veía pasar a su lado, fingiendo que se dirigían al estante de las revistas o a la fuente, para poderle echar un vistazo a aquel rostro. Los observé e intenté adivinar qué habría hecho él. Sólo estaba seguro de una cosa: él no hubiera permitido que un monigote como ése permaneciera allí, en la sala de estar, con una etiqueta con su nombre, durante veinte o treinta minutos, para que la Gran Enfermera pudiera señalarlo como ejemplo de lo que les puede ocurrir a los que desafían al sistema. De eso estaba seguro (Kasey 1977. 355)

Media hora duró ese treinta y uno de diciembre la sesión de electroterapia en el Servicio de Aislamiento de Hombres. El Cachaza durmió de nuevo “divino” hasta las doce de la noche en que el ruido de bombetas, cachiflines, pitos de carro, campanas y la algarabía de los pocos auxiliares de enfermería que estaban a esa hora en el Hospital, lo despertaron. La ciudad entera celebraba el nacimiento de un nuevo año, mientras en una pocilga en el Asilo Chapuí el Cachaza en un acto reflejo provocado por la explosión de júbilo que se colgó por la puerta, a pesar de su “cerradura especial”, abrió los ojos con la misma falta de coordinación con el mismo esfuerzo de un niño recién nacido. En su mente en blanco no se registró nada, solo tinieblas y el ruido



de los que en el Hospital celebraban repitiendo incansables un mensaje que su mente deshecha no pudo descifrar, Feliz y próspero Año Nuevo (Mora Rodríguez 1977: 157-158)

En resumen, en ambas novelas, el signo de derrota, de desposesión, es la constante, una forma reiterada de poner en evidencia el vacío humano por el cual pasan los pacientes, Crónicos, no crónicos, desolados, abandonados, desleídos desde un determinado discurso, y convertidos en sujetos des identificados de valores predominantes, asumidos y construidos desde la vacuidad. Cachaza y Mc Murphy, el Jefe Bromden y el Lario, Chatoa y el director del Nosocomio en la novela de Kasey, no son más, entre muchos ejemplos, de sujetos, de instituciones, de comportamientos, de tratamientos y de imposiciones que terminan por evidenciar la injusticia social en un mundo en el cual la locura no es más que el resultado de una enajenación discursiva relacionada con aquellos desligados de la sociedad, convertidos en parias y olvidados. En ambas novelas, no se es por sí mismo, según parece, sino por la construcción derivada de afuera, de la “verdad”, de una verdad que se cuestiona a sí misma, y es cuestionada desde el espacio y el mundo de los desadaptados sociales. Foucault describe la pesadilla de vivir en un mundo en donde el loco es el resultado de la desviación social. El loco es el sujeto des centrado, desligado, deslegitimado, y por ello cada personaje no es más que la respuesta de un espacio y discurso en el cual la locura es el resultado de un mundo que parece construir y derivar hacia su propia enajenación.

Bibliografía

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Editorial Siglo XXI. Trigésimo Primera edición. México, D. F., 2004.

Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Segunda edición revisada. Iztapalapa, México, 2010.



Foucault, Michel. *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión. México, D.F., 2001.

Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica* (2 tomos). Fondo de Cultura Económica. Décima reimpresión. México, D. F., 2007.

Kesey, Ken. (1997). *Alguien voló sobre el cuco*. Séptima edición. Argos Vergara. Barcelona, 1977.

Mora Rodríguez, Virgilio. (1977). *Cachaza*. Editorial Costa Rica. San José Costa Rica, 1977.

